

en el comercio empapelando los establecimientos, como ocurre actualmente apesar del premio de un centavo que se ha señalado por recojo de cada unas de ellas.

Con el empleo de estas planillas—eso es evidente—ningún Inspector, por negligente que sea, consentirá que la que le corresponde firmar mes a mes, venga a la Central con sus columnas en blanco acusando el incumplimiento de un deber; y este punto de moral dará lugar a que se vigilen los establecimientos comerciales constantemente, a que se practiquen inventarios, y lo que es mejor, se conseguirá que las existencias de una plaza estén siempre en relación con los documentos que las amparan en cuanto se refieren a su clase, peso y litraje.

Respecto al Ramo de Azúcares, creo conveniente la supresión de las guías o Certificados de Depósito, lo mismo que las de traslación a Depósito, por las mismas razones que he expuesto al ocuparme de las guías Afectas en el ramo de alcoholes.

Las Planillas de Inspección darán a las guías de azúcar el valor moral de que hoy carecen.

Para concluir, réstame tan sólo manifestar a Ud., Señor Presidente, a los señores que componen el Directorio de la Compañía Recaudadora de Impuestos y al señor Gerente de ella, que si alguna observación cabe hacer a mi proyecto, debido a que quizá haya dejado en el presente trabajo algún punto mal definido o defectuosamente explicado, que muy gustoso tendré a honra absolver verbalmente cuantas objeciones se dignen hacerme, probando de este modo, más ampliamente, y con mayores razones la eficacia de mi sistema.

Lima, Setiembre 30 de 1921.

Fiat Lux.

El éxito de una iniciativa

EN LA COMPAÑIA RECAUDADORA DE IMPUESTOS

Desde ayer sábado se ha puesto en práctica el nuevo sistema de recaudación de impuestos a los alcoholes, del que es autor el señor Victor J. Benavides, meritorio empleado de esa institución.

Anteriormente, en dos ocasiones, nos hemos ocupado del importante trabajo del señor Benavides, que mereció el primer premio en el concurso promovido por el directorio de la citada Compañía entre el personal de sus numerosos empleados y la aprobación del supremo gobierno para su vigencia en la república.

Como se sabe, en este concurso intervinieron 53 postulantes, cuyos trabajos fueron sometidos al detenido estudio del jurado que, con este objeto, se nombró y que estuvo formado por los señores directores doctores Mariano I. Prado y Ugarteche y Máximo Cisneros y por el señor gerente de la Compañía Recaudadora.

Queda pues, con la disposición que comentamos materializado el éxito obtenido brillantemente por el señor Victor J. Benavides.

EL TIEMPO. LIMA, LUNES 3 DE ABRIL DE 1922

La novia de Alfredo

(CUENTO FANTASTICO)

Los diarios del lugar donde corrieron los primeros años de nuestra vida, despierta siempre en nosotros vivo y constante interés. Cualquiera artículo por nimio que sea el tema de que trata, lo leemos con avidez y es porque él nos trae algún recuerdo: un simple aviso nos hace vivir muchas veces alguna época de nuestra infancia, señalándonos en nombre de una calle ya olvidada o el del comerciante a quien solíamos comprar los lápices y cuadernos para la escuela. ¿Cuánta poesía guarda generalmente el recuerdo! y es que él a través de todas las distancias, refleja en nuestro espíritu el calor del sol primaveral cuyos rayos hacen menos triste las horas en el invierno de la vida.

Uno de los diarios que he recibido por último correo, registra una información de la que copiaré solamente la parte que puede interesar al lector de este relato:

... la cuarta hilera vertical de nichos se halla al descubierto; las secciones anteriores han quedado convertidas en escombros donde en confusión lastimosa se ven arácnos y huesos entre pedazos de madera y trozos de ladrillo y mármol. Una circunstancia que justamente ha llamado nuestra atención es la relativa a una de las tumbas que permanecen aún en pie y en cuya correspondiente lápida se lee: "Alfredo Sarco + 18 de octubre de 1895". La caja que guarda este nicho se conserva en buenas condiciones, no obstante, la tapa presenta una

abertura por la que se observa fácilmente que el ataúd ha estado vacío".

La lectura del acápite que acabo de copiar ha helado la sangre de mis venas haciéndome sentir la misma impresión de terror que experimenté al tener noticia y detalles de la muerte de Alfredo Sarco, el amigo de mi infancia, el compañero inseparable de mi juventud. Alfredo había sido para mí algo más que un amigo; fué un hermano á quien quise con entrañable afecto. Filósofo y poeta por temperamento, tenía una alma sencilla y buena; era austero y jovial, franco y caballeroso, noble y desinteresado, activo y luchador, profundo en sus ideas, sencillo y afable en su trato.

Cuando después de su ausencia de cuatro años volví á mi tierra natal, encontré á Alfredo de vísperas de tomar estado. Con entusiasmo infantil me habló de su prometida, de sus proyectos y en fin, de la dicha sin par que le ofrecía la futura compañera de sus días.

Al final de la farandosa alameda donde se respira el suave perfume de las rosas silvestres, donde las golondrinas alegren el espacio y donde el murmullo de las aguas de cristalino río hacen pensar en los encantos de una vida de amor y felicidad, allí había Alfredo construido su pequeña quinta. "Este ha de ser mi nidio" me dijo orgulloso la vez que me invitó á pasearla. Ponderó el exquisito gusto con que había sido atreglada. "Todo es fruto de nuestro común deseo" — me dijo. — "Ambos hemos imaginado el plano: bajo nuestra dirección se han levantado las paredes; los muebles que ves han sido elegidos por ella: ella ha puesto en todo algo de su alma". Los adornos que lucían las puertas y ventanas, la encantadora sencillez, la coquetería, el derroche de buen gusto que había en todo revelaba su deseo y el reflejo de su anhelo de dicha interminable.

A fines de mayo, dos semanas después de mi llegada, Adela — la prometida de Alfredo — se moría: la fiebre había hecho rápidamente estragos en su organismo y los cuidados de la sienela resultaban estériles para salvarla. De sus negros y hermosos ojos sólo se desprendían miradas vagas empuñadas á ratos por lágrimas que al rodar por sus mejillas rojas y febriles se evaporaban rápidamente. Alfredo á la cabecera del lecho permanecía grave, inmóvil. De vez en cuando extendía el brazo ya para pulsar á la moribunda, ya para acariciar su ~~blonda~~ cabellera.

De Alfredo sólo tenía noticias. Desde la muerte de Adela se había encerrado en sí mismo: su corazón donde vivía su esperanza no guardaba otro deseo que el de dejar de latir para siempre. Muerto su único bien, sólo anhela reunirse á él allá en el impenetrable misterio de ultratumba.

En una de mis últimas visitas á la casa de Alfredo fui enterado de que mi pobre amigo había decidido morar en la casita de campo que con él visité la tarde en que habló de sus amores, allá al final de la alameda de álamos donde el río ensancha su cauce y retiene los cálidos coques de las puestas de sol.

Mi amigo me recibió aquella mañana con un gesto de displicencia y abandono. En él no eran raros los cambios de estado que experimentaba su espíritu y á ello se debía el que todos, inclusive yo, pensáramos que su razón estaba perdida.

"Anoche tampoco la he visto", me dijo suspirando. Quisiera tenerla siempre á mi lado, pero como no es así. . . . de allí que . . . y corriendo la frase guardó un silencio profundo.

Yo quedé inmóvil contemplando á aquel hombre cuya mirada intensa y brillante revelaba en ratos la calma, la duda, la indecisión.

"Mañana ha de ser", me dijo al fin. "Mañana sabré si efectivamente ella ha muerto: aunque está conmigo pienso á veces que también lo está en el cementerio porque he visto allí su tumba. Mañana debo saber lo que guarda ese nicho: mañana sabré".

No podía contrariar el deseo de mi pobre y desventurado amigo: creía que su loco empeño de exumar el cadáver de Adela para trasladarla á un pequeño y sencillo mausoleo que había adquirido con el solo fin de ver los despojos de su adorada muerta, podría curarlo de esa fiebre, de esa locura que en él se había apoderado y así fué que accedí á la cita que me dió.

Cuando descendí del carruaje, ya Alfredo me esperaba en la puerta del cementerio. Estaba extremadamente pálido. Casi parecía un espectro. Inconscientemente me extendió la mano y como guiado por mí siguió mis pasos, perdiéndonos ambos bajo los sau-

ces, entre las calles estrechas del solitario campo ~~santo~~.

Frente al sepulcro de Adela nos esperaban dos hombres, uno de los cuales recibió de manos de mi amigo la licencia concedida para la exhumación del cadáver.

El sepulturero dió comienzo á su labor. Cada golpe de picota resonaba sordo en todas direcciones; el sol comenzaba á descender al horizonte y mi frente sentí bañarse de un sudor copioso y frío.

Cuando las campanas de la capilla daban las cinco, la caja mortuoria estaba ya fuera, sobre el pavimento.

El sepulturero y el hombre que lo acompañaba se retiraron quizá en busca de una carretilla de mano que hiciera más fácil la inducción del féretro bulto al lugar donde en adelante debía ser sepulta.

Mi amigo, abandonando la posición de estatua que había adquirido desde un principio, avanzó lentamente, muy ~~de~~ hasta colocarse junto á la caja.

Yo no me atrevía á hablarle. Juzgando terrible el momento por el que atravesaba preferí seguir en acecho sus menores movimientos, temeroso de que su dolor estallara de que su posible locura hiciera crisis, y en fin, de que le sobreviniera algún accidente fatal en ese trance caprichoso, estrafalario, al que casi inconscientemente me había yo presado á ser testigo. Por instantes me arrepentía de mi condescendencia: anhelaba vivamente la vuelta de los hombres que momentos antes se habían separado de nosotros; ellos acostumbrados á presenciar escenas de dolor y familiarizados con las ceremonias y actos fúnebres, podrían darme el valor que en esos instantes tanto necesitaba.

Sarco, grave, como desde un principio, con una rodilla puesta en tierra, hizo un ligero esfuerzo al que cedieron los gemidos enmohecidos de la caja: e hrechinar de ellos me hizo temblar, y lentamente, mi amigo hizo girar la tapa. Lo que mis ojos vieron no es para describirlo. Un pintor especializado en la concepción de lo macabro y diabólico jamás podría idear un pálido reflejo de lo que vi en ese instante aterrador: Dentro del cajón descansaba un cuerpo esquelético cubierto en parte por un lino blanco y cuya cabeza estaba poblada de un pelo ralo, terroso. En su amarillenta cara de facciones confusas, se destacaban claros y redondos unos ojos grandes, muy grandes, desmesuradamente abiertos, de un color indefinible. Sus pestañas eran escasas, largas y lacias. Su nariz roma y su boca, plegada y seca, héi aún más repugnante y macabro el conjunto. Sería capaz de sometirme á los mayores tormentos antes que volver á presenciar el cuadro aterrador de aquel espectro infernal. Sarco se inclinó sobre él y con espanto, ya próximo á la locura, vi que depositaba un beso sobre aquellos labios y después pude ver aún, ya fuera de razón, que aquella boca le sonreía dulcemente.

No sé más. No recuerdo cómo ni á qué hora salí de allí. Como despertando de una horrible pesadilla comencé á volver la razón á mí cuando el carruaje que me conducía se hallaba próximo á mi casa. No sé quién me instaló en él ni quién dió mi dirección al cochero: sólo tengo presente el momento que descendí del vehículo. Mis pies parecíanme que caminaban sobre almohadones de plumas.

En casa encontré á mi madre, á mi hermana y á nuestro viajero amigo Fernando, quien al ver que al entrar me desplomaba sobre la primera butaca que hallé á mi paso, me dijo suspirando: "Ya la edición de esta noche da la noticia" y acercándose á los ojos el periódico que tenía sobre sus rodillas, leyó:

"A las 5 p. m. de hoy dejó de existir en el Hospital de San Juan, á donde fué llevado en estado agónico, el conocido caballero señor Alfredo Sarco, quien en las primeras horas del día se disparó un tiro de revólver en la quinta de su propiedad situada al final de la avenida 16 de Julio . . ."

Lima, 6 de mayo de 1925.

V. J. Benavides.

De "El Comercio"
Lima, 7 de Mayo
de 1925. -
(Edición de la
Fuerza) —

CHAMPANADA

El Circulo Militar del Perú, ofrecerá hoy sábado a las 12 m. una champánada al Coronel don Rafael A. Vilacis, Agregado Militar a la Legación del Ecuador, con motivo de su próximo viaje.

—Un grupo de amigos agasajará hoy al señor Victor J. Benavides con una champánada, con motivo de su cumpleaños.